

La dama de Panamá

SIN LÍMITES

PEDRO CLARÓS

LA DAMA
DE PANAMÁ

RBA

© del texto: Pedro Clarós, 2022.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2022.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: abril de 2022.

REF.: OBF1396
ISBN: 978-84-9187-959-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 4005-2022

EL TALLER DEL LLIBRE • PREIMPRESIÓN

Impreso en España – *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

*Los que los sufrieron ya perdonaron.
Sus agresores ya no están.
Los que quedamos debemos perdonar.*

*Qué sano es aprender de los errores
pasados, que solo llevan desgracias.*

I

Malas noticias

Estaba siendo aquel un caluroso verano en Londres. Las calles bullían de agitación, estábamos en 1977 y los últimos hippies se mezclaban con los punks que ya comenzaban a hacer su aparición en los barrios más bohemios, pero ese nunca había sido mi estilo ni mi mundo.

Yo era un joven serio y responsable, un médico prometedor que, por aquel entonces, trabajaba sin descanso en el Middlesex Hospital haciendo un *stage*, unas prácticas que apenas me dejaban tiempo para descansar, mucho menos para conocer las mil tentaciones de la noche londinense. Cómo hacerlo. Mi educación había sido severa, basada en unas enseñanzas que, con amorosa firmeza, me había transmitido mi padre; unas enseñanzas centradas en el esfuerzo, la responsabilidad y el trabajo. No podía ser de otro modo: él había vivido los duros años de la posguerra española y sabía que, para sacar la cabeza y prosperar, la única alternativa era el trabajo duro, el estudio y el conocimiento.

Era posible que, en Londres, esa ciudad victoriosa que había ganado la guerra y vivido unos felices años sesenta bailando al son del Swinging London, la juventud pudiera creer en la psicodelia, en la felicidad y en la despreocupación de un futuro que, al llegar, les alcanzaría bailando. Mi opción, en cambio, era la de

que me encontrase allí, en los quirófanos y las frías salas del complejo hospitalario, en el centro de Park Royal entre Brent y Ealing: justo donde me encontraba en los últimos días de julio cuando un teléfono sonó y alguien, desde Barcelona, preguntó por mí.

—Le buscan, Mr. Pedro —me dijo un celador, que apenas había alcanzado a entender el recado.

Al parecer, alguien le había dicho en un inglés precario que había terribles noticias familiares y que, por favor, me pusiera urgentemente en contacto con mi padre.

Inquieto, con ese palpitar terrible que hace que todo parezca irreal a tu alrededor cuando la preocupación te invade pero no sabes qué es lo que está en peligro, qué es lo que se tambalea y está a punto de caer, qué es lo que puedes perder en tu vida, me dirigí como en un sueño a la centralita de teléfonos del hospital donde Mr. Blade, el portero, hizo varios intentos hasta conseguir una conexión telefónica —vía conferencia internacional a cobro revertido— para hablar con mi padre. Al final lo logró y puede comunicarme con él.

Su voz sonaba grave, cavernosa, al otro lado del hilo.

—Se trata de la abuela —me explicó, conteniendo la emoción—. Está mal. Muy mal.

Noté que vacilaba. Mi padre, a quien todos llamaban don Andrés, era el único varón de los hijos varones de doña Mercedes, su madre, una mujer fuerte, de carácter, de quien había heredado ese sentido estricto del deber que se había convertido en su rasgo más distintivo. Ella era, y siempre lo había sido, el puntal de la familia, el motor, el alma, el centro de todo. Y ahora se apagaba.

Supe, sin que me lo dijera, cuál era la duda que le invadía, el motivo de su vacilación: se debatía entre si pedirme que dejara mi trabajo y acudiera a Barcelona para estar con todos ellos en aquellos momentos o dejar que me quedara en Londres, en un puesto que tan importante era para mi carrera médica y mi futuro como especialista en otorrinolaringología.

Le ahorré tener que tomar esa decisión y lo hice por él.

—Voy para allá, papá. Tenemos que estar todos juntos. Me organizo y voy cuanto antes, pero...

Dejé la frase colgada en el aire. No me atreví a decir lo que pensaba. En mi lengua, a punto de saltar pero sin atreverse, titubeaba una petición: «A ver si logras que viva hasta que yo llegue, por favor».

No tenía sentido, lo sabía. Era una petición infantil, un imposible, algo que no estaba al alcance de la mano de mi padre. Yo ya era un adulto: atrás habían quedado los años infantiles en los que creía que mi padre era todopoderoso, un superhombre capaz de lograr cualquier cosa, incluso de mantener con vida a su madre hasta que yo llegase solo para que tuviera tiempo de despedirme de ella.

Y, sin embargo, él supo, como siempre sabía, entenderme. Todavía tenía esa capacidad, asombrosa, de leerme el pensamiento y, en la distancia, respondió con voz temblorosa a lo que yo no me había atrevido a decir:

—No te preocupes, ella te esperará. Sé que quiere hacerlo —añadió—. Me ha dicho que necesita hablar contigo y conmigo. Tiene algo importante que contar-nos a los dos.

Solo cuando estuve en el avión pude, realmente, pensar en las últimas palabras de mi padre antes de colgar. Todo había sido una vorágine de prisas y carreras para cambiar mis turnos y mis guardias, ir a mi casa y meter algo de ropa en una maleta, sin orden ni concierto, antes de subir casi sin pausa a un taxi que, como en un sueño, me había llevado de madrugada a Heathrow, en el distrito de Hillingdon, en el área oeste de Londres. Era el 1 de agosto y allí estaba yo a las 6 de la mañana, en el aeropuerto de Londres-Heathrow intentando conseguir por todos los medios un vuelo que me llevara a Barcelona. El único disponible era de la aerolínea British Airways, salía a las 12 del mediodía y llegaba a las 15:30 a la terminal del Prat de Barcelona. Solo quedaban plazas en *business class*, un lujo en aquel momento muy lejos de mi alcance. Pero aquella era una ocasión excepcional y no dudé.

Una vez en el aire, en lugar de dejarme mecer por el sueño en los mullidos sillones de primera, fui incapaz de dormirme pese al agotamiento de las últimas horas. No dejaba de darle vueltas en la mente a las frases de mi padre antes de colgar: ¿Qué habría querido decir al hablar de esas revelaciones importantes que la abuela tenía que hacernos a él y a mí? ¿Qué secretos le habría estado ocultando Doña Mercedes, precisamente a él, durante todos estos años?

Mi padre, lo sabía bien, jamás hablaba por hablar. Era un hombre de pocas palabras, práctico, conciso, realista, en ocasiones incluso demasiado parco. Pero siempre que hablaba lo hacía con sentido, y todo cuanto decía tenía, siempre, una razón de ser. No era fantasioso, no exageraba, no dotaba de trascendencia a palabras que no la tenían. Si la abuela había dicho

que tenía revelaciones que hacernos, esas sin duda habían sido sus palabras textuales.

Pero ¿cómo era posible que, a esas alturas, hubiera algo sobre la abuela que él no conociera? La relación que mantenían la abuela Mercedes y él era muy estrecha, inusualmente estrecha incluso. Ello se debía, sin duda, al hecho de que ella hubiera enviudado muy joven, cuando mi padre, su único hijo varón, contaba siete años. Eso la obligó a ella a asumir el doble papel de madre y padre, a llevar las riendas no solo de la familia, sino también de los negocios y las empresas que antes dirigía mi abuelo. Después, con el tiempo, mi padre comenzó a ayudarla. A él le confiaba Doña Mercedes todas sus preocupaciones y desvelos. ¿Cómo podía ser que existiera algo que le hubiera ocultado todos estos años?

No dejaba de preguntarme si a mi llegada a Barcelona la vería con vida o ya habría muerto. ¿Habría sido capaz mi padre de mantenerla con vida hasta mi llegada, tal y como yo le había pedido? Sí, sabía que era un deseo infantil, un imposible. Y como médico lo sabía mejor que nadie. Sin embargo, allí, colgado en el aire en un avión que viajaba entre de las nubes, no pude evitar sentirme como ese niño que cree todavía en los Reyes Magos y se confía en su padre, alguien más fuerte que él, capaz de domeñar mares, montañas y voluntades solo por cumplir los deseos de sus hijos. Capaz incluso de mantener con vida a una mujer, su madre, con una voluntad incluso más fuerte que la suya. Y así, con esa incógnita, vencido por el cansancio, al fin me dormí.

Desperté sobresaltado cuando desde megafonía nos comunicaban en el avión que estábamos a punto de tomar tierra. Había tenido un sueño extraño, como todos los sueños, que me había transportado a la última vez que había visto a mi abuela: había sido justo antes de partir de Barcelona en dirección a Londres, a finales de junio de aquel mismo año. Era el de San Pedro, había ido a despedirme de ella con motivo de mi viaje por unos meses a Inglaterra y la encontré en su dormitorio. Ya estaba enferma por entonces y, en aquel lecho, la vi pequeña, pero no me dio sensación de debilidad. ¿La abuela débil? Imposible. Ella era la imagen misma de la fortaleza. Con su perenne sentido práctico, que mi padre había heredado, estuvo dándome consejos sobre cómo debía cuidarme en Londres. Al acercarme a besarla reparé en una estampa de san Bruno que vi sobre su mesilla de noche. La abuela siempre le había tenido una gran devoción a ese santo, fundador de la Orden de la Cartuja. «Él la curará», recuerdo que pensé. Y, sin saber por qué, mientras la azafata recitaba las instrucciones que debíamos tener en cuenta de cara al aterrizaje y yo ya empezaba a reconocer, a través de la ventanilla del avión, las diferentes partes de mi ciudad, tan familiares y añoradas, comencé a pensar que San Bruno, y los monjes de la Cartuja de Tiana, que tanto apreciaban a mi abuela y que seguro que estarían rezando por ella, si no mi padre, obrarían el milagro de mantenerla con vida hasta que yo pudiera llegar a despedirme de ella.

Tras el aterrizaje, con mi bolsa de mano al hombro, me dirigí sin perder un segundo a la terminal de taxis

a la salida del aeropuerto. Tomé el primero que me fue posible para llegar a casa de la abuela cuanto antes.

—Por favor, Diagonal 357, entre las calles de Lauria y Bruch, en la acera mar —dije al conductor.

—¿Tiene algún trayecto preferido?

—No, siga el más corto y rápido —pedí.

Poco después llegué a mi destino y subí al segundo piso —en realidad era un cuarto, pues había entre-suelo y principal— apenas sin aliento, no por haberlo hecho a pie, sino por la tensión y los nervios que me atenazaban. Llamé al timbre de la puerta conteniendo la respiración y me abrió la fiel Amalia, que llevaba más de cuarenta años en la casa. Era como de la familia, pues su hermana Juana había estado también al servicio de la abuela desde antes de la guerra civil. Al término de la misma, había ingresado en el convento de las monjas Clarisas de Pedralbes, donde había permanecido hasta su muerte.

Después de saludar brevemente a Amalia y a otros familiares que estaban allí, y en los que casi no reparé por el nerviosismo que llevaba, pregunté por la abuela y fui directamente a su dormitorio, donde me encontré con mi padre. Tenía los ojos vidriosos, pero mantenía el temple. Nos abrazamos y él comprendió que yo no me atrevía a preguntar mucho por miedo a que me diera malas noticias. Sin embargo, me tranquilizó.

—Aún vive, aunque no le queda mucho. Tiene la cabeza clara, pero el corazón está débil.

De pronto, capté un brillo especial en sus ojos.

—¿Qué? —le pregunté, porque entendí que tenía algo que decirme.

—¿Sabes qué día es hoy? —me dijo bajando la voz, como si fuera un secreto entre los dos.

—Dos de agosto —le respondí, un tanto confundido.

—Sí, pero ¿qué día es del santoral? —preguntó. La verdad era que no me acordaba en absoluto de qué festividad religiosa era—. Hoy es la fiesta en honor a la Virgen de los Ángeles —me aclaró él—. Tu abuela siempre pidió a la Virgen morir al anochecer del día dos de agosto. Por eso sé que no tardará mucho en hacerlo. Por eso sabía, también, que te esperaba.

—Sí, es verdad —recordé entonces, no sin cierto asombro. Era algo que le había oído decir en muchas ocasiones.

—Pero aún hay más: tu abuela me ha susurrado al oído esta mañana que está esperando que la Virgen de los Ángeles la venga a buscar, acompañada de los cartujos a los que ella salvó, para llevarla al cielo. También me ha hecho otras confesiones, pero lo cierto es que no entiendo su significado.

—¿Cuáles? —pregunté, cada vez más intrigado.

—Me ha dicho: «Andrés, al final de una muy larga vida, te asistirán la Virgen y los mártires cartujos refugiados en casa, y todos nos encontraremos otra vez».

Sorprendido por la información que me daba, tomé el crucifijo que estaba en la mesita de noche, junto a la cama, y lo puse entre las manos de mi abuela. A continuación, me incliné y la besé en la frente. Parecía dormir, pero al sentir el contacto de mis labios abrió los ojos. Al verme, me miró casi sin fuerzas y dijo en un murmullo:

—Pedro, tengo que hacerte un encargo...

—Por supuesto, abuela, pero no te agotes...

Ella me interrumpió, quería seguir hablando. Yo podía ver en su mirada su voluntad de transmitirme su men-

saje. Con un murmullo entrecortado, pero firme, me dijo sin vacilar:

—Continúa mi labor con los cartujos, investiga todo lo que puedas sobre lo que ocurrió y deja constancia de ello, para que todos sepan la verdad. Son muy buena gente. Y, cuando puedas, escribe un libro para que se sepa todo lo que sucedió en la Cartuja de Montalegre en 1936.

—Sí, abuela... Pero no sé bien a qué te refieres...

—Cumple mi deseo —continuó—. Será nuestro secreto.

Con un débil gesto de la mano, quiso darme a entender que le permitiera seguir hablando. Como si quisiera hacerme ver que había logrado reunir todas sus fuerzas para transmitirme aquel mensaje y no debía interrumpirla, pues corría el riesgo de que su determinación y su fuerza la abandonasen.

—Y ahora te hago una confidencia difícil de entender, pero que sé qué ocurrirá: los cartujos que se refugiaron en nuestra casa te salvarán en una ocasión de una muerte segura. Hazme caso, confía en ellos.

Me miró con un brillo inusitado en los ojos, con una intensidad especial, única, y yo asentí. La fuerza de su voluntad parecía subyugarme, y no me quedé colgado de esas pupilas que, en aquel cuerpo que se apagaba, parecían insólitamente vivas.

No daba crédito a lo que acababa de oír, pero no podía dejar de mirarla, de apretar su mano, de asentir y, extrañamente, también de sonreírle. Porque parecía que mi abuela, justo después de pronunciar aquellas palabras, por fin se había quedado en paz.

Con una sonrisa en los labios, tranquila y reposada, poco a poco fue dejándose vencer por el agota-

miento que le había supuesto hablar conmigo y, muy despacio, entró en un sueño profundo y sereno.

Yo volví a besarla y, acompañado por mi padre, regresé al salón donde nos esperaba el resto de mi familia.

Me senté en uno de los sillones y me sumí en mis pensamientos. Todos parecían haberse puesto de acuerdo en dejarme tranquilo. Suponían que estaba cansado por el viaje y por la impresión de ver a la abuela moribunda, pero lo cierto es que no dejaba de pensar en sus palabras y en aquel extraño encargo que acababa de hacerme. ¿Qué había querido decir con todo aquello? ¿Qué tipo de misión me había encomendado?

Me sentía profundamente egoísta por pensarlo, pero ¿podía asumir una búsqueda como la que mi abuela acababa de poner sobre mis hombros? Menudo trabajo se me venía encima, me dije. ¿Cómo hacerlo? ¿Por dónde empezar? Y, sobre todo, ¿en qué consistía?

Aquella historia no parecía tener ni pies ni cabeza. Siempre había sabido de la devoción de mi abuela por san Bruno y de su cercanía a los monjes de la Cartuja de Montalegre, pero todo lo demás... ¿Debía ahora, por sus deseos en el lecho de muerte, trasladarme allí para investigar... qué? ¿Y cuándo podría hacerlo? Solo podía pensar en la enorme cantidad de trabajo que tenía por delante, no solo por mi profesión de médico y mi especialidad, sino también por mi familia: mi mujer, María del Carmen, y yo teníamos tres niños muy pequeños que exigían toda nuestra atención y que apenas me dejaban unos minutos libres al día cuando lograba salir del hospital primero y de la clínica después.

Pero sabía también que la abuela Mercedes nunca había sido una mujer que aceptase un no por respues-

ta, ni siquiera en circunstancias como aquellas. Y yo le había dado mi palabra.

Ya veremos cómo me las arreglo para cumplir con el deseo de la abuela Mercedes, suspiré. Pero lo haré. Vaya si lo haré.

Casi sin darme cuenta, mientras seguía sumido en mis cavilaciones, el silencio había ido cayendo sobre el salón. Todos los allí presentes esperábamos lo inevitable. Parecía como si supiésemos que ya nada retenía allí a la abuela. Se había cumplido su último deseo: había logrado aguantar hasta que yo llegara para despedirme de ella y ahora lo único que le quedaba era esperar, ya en paz, la hora de partir para siempre.

Mi padre permanecía a su lado, alejado de los demás, y en un momento dado Amalia apareció para llamarnos al dormitorio de la abuela. Todos comprendimos que había llegado el momento y que él deseaba que estuviésemos allí, juntos, acompañándola en sus últimos instantes.

Acudimos en silencio, tristes pero serenos. Entramos en la estancia como en un santuario, seguros de que ella, que permanecía con los ojos cerrados, sentía a pesar de todo nuestra presencia. Sus hijos —mi padre y mis tías, Rosa y María— la rodearon y ellas le cogieron las manos. También mi madre, Elvira, se acercó para acariciarla.

Los nietos, mis hermanos, mis primos y mis tíos permanecemos en un segundo plano, respetuosos y expectantes. Nadie quería marcharse, no queríamos dejarla sola. Deseábamos acompañarla en sus momentos

finales. Que supiera, aunque no pudiera vernos, que estaba allí, con los suyos, rodeada de nuestro amor.

La abuela Mercedes era una persona muy querida por todos. Por eso, pese al dolor de saber que su final era inminente, sentíamos una especie de reconfortante alegría al ver que su vida, larga y prolífica, no había sido en balde: estaba junto a su familia, no faltaba nadie, todos querían rendirle ese último homenaje y todos la acompañaban.

Qué mejor manera de irse. En respeto y sintiendo nuestro amor, habiéndose despedido de todos, habiendo recibido tanto cariño, habiendo dicho todo cuanto quería decir, incluso ese extraño mensaje destinado a mí según el cual mi vida estaba en peligro y los cartujos me salvarían. A mí, que siempre —excepto unas fiebres de Malta a los quince años—, había tenido una salud de hierro. Pero en aquellos momentos no quería despistarme con pensamientos peregrinos. Lo importante era la abuela, me dije, y justo cuando estaba pensando en ella oí un profundo suspiro que venía de su lecho y entendí que su vida se había apagado para siempre y que lo había hecho de una manera muy tranquila, tal y como ella siempre había deseado.

Eran exactamente las ocho de la tarde del día 2 de agosto.